

gran pedazo de peña, ricamente labrado, se extendia en toda la anchura de la cantera, y dejaba ver debajo una estrecha abertura, medio cerrada por la tierra y las piedras desmoronadas: apénas podia un hombre deslizarse por ella á rastras. Penetramos por ella; pero como no teniamos yescas ni hachas, volvimos á salir al instante y no visitamos las estancias interiores, que son los sepulcros de los reyes. El friso magníficamente tallado y de la mas primorosa ejecucion griega, que reina sobre el peñasco exterior, asigna á esta decoracion de los monumentos la época mas floreciente de las artes en Grecia; sin embargo, data tal vez de Salomon porque ¿quién puede saber lo que este gran príncipe tomó del genio de las Indias ó del Egipto?

3 de Noviembre, 1832.

La peste que asola cada vez con mas intensidad á Jerusalem y sus cercanías, no nos permite entrar en Belen, cuyo convento y santuario están cerrados. Montamos, sin embargo, á caballo por la tarde, y despues de haber atravesado un llano de unas dos leguas, que se estiende al oriente de Jerusalem, llegamos á una altura á corta distancia de Belen y desde donde se descubre perfectamente todo este pueblecito. Apenas estábamos sentados

en ella, cuando una numerosa cabalgata de árabes belenitas llega y pide serme presentada: despues de los cumplimientos acostumbrados, me dicen que vienen diputados cerca de mí por la poblacion de Belen para hacerme disminuir el impuesto que Ibrahim-Bajá ha echado á su pueblo; que saben, por la fama y por los árabes de Abugosh, su gefe, que Ibrahim-Bajá es mi amigo y no me desairará seguramente si solicito su indulgencia para ellos. Como los árabes belenitas son la mas detestable raza de estos paises, siempre en guerra con sus vecinos, siempre tiranizando y saqueando el convento latino de Belen y del desierto de San Juan, les respondo con gravedad, dirigiéndoles severas reconvenciones por sus rapiñas; que tomaré en consideracion su solicitud y que la presentaré al bajá, pero á condicion de que respetarán á los europeos, á los peregrinos, y sobre todo á los conventos de Belen y del desierto de San Juan; y que si cometen la menor violacion del domicilio de aquellos pobres religiosos, la resolucion de Ibrahim es exterminarlos hasta el último, ó echarlos á los desiertos de la Arabia Petrea. Añado, y me parece que esto les hace una viva impresion, que si no bastan las fuerzas de Ibrahim-Bajá, los bajás de Europa están decididos á ir en persona á castigarlos: entre tanto, los escito á pagar el tributo. Desde aquel dia hasta el de mi partida, tuve constantemente en

mi séquito, á pesar de todas mis instancias para que me dejasen cierto número de jeques beduinos de Belen, de Hebron y del desierto de San Juan, que no cesaban de implorarme para la reduccion del tributo. De vuelta en el campamento, en el valle de la piscina de Salomon, bajo los muros de Sion, recibí la visita de Abugosh, que viene con su hermano y su tío á saber de mí. Le doy el café y la pipa, y conversamos una hora á la puerta de mi tienda, sentados cada uno bajo un olivo.

La misma fecha.

Un correo de Jafa me trae cartas de Europa y de Berut, y me las entrega bajo las murallas de Jerusalem. Estas cartas me tranquilizan en punto á la salud de mi hija; pero como Julia añade al pié de la carta de su madre, que no queria absolutamente que vaya á Egipto en aquel momento, cambio mi marcha; doy contra órden en punto á la caravana de camellos que encargué á El-Arisch, y me determino á volver por la costa de Siria.

Levantamos nuestras tiendas, envío un regalo de quinientas piastras al convento, á mas de las mil y quinientas que he pagado por rosarios, reliquias,

crucifijos, &c., &c., y de nuevo tomamos el camino del desierto de S. Juan.

El aspecto general de las cercanías de Jerusalem pueden pintarse en dos palabras:—montañas sin sombras, valle sin agua, tierra sin verdura, peñascos sin terror y sin grandiosidad:—algunos pedazos de tierra gris rajan la tierra desmenuzable y llena de grietas; de trecho en trecho una higuera; ya se ven una gacela ó un chacal deslizándose furtivamente entre las quebraduras de la roca; algunas vides rastrean sobre la ceniza gris ó rojiza del suelo; rara vez, un ramillete de pálidos olivos proyecta una pequeña mancha de sombra sobre las escarpadas laderas de una colina; en el horizonte, un terebinto ó un negro algarrobo se destaca triste y solo del azul del cielo; los muros y las torres grises de las fortificaciones de la ciudad aparecen á lo lejos sobre la cresta de Sion:—tal es la tierra. Un cielo alevado, puro, terso, profundo, donde jamas la menor nubecilla ondea ni se colora con la púrpura de la tarde ó de la mañana. Por el lado de la Arabia, un ancho abismo descende entre las negras montañas, y conduce las miradas hasta las olas deslumbradoras del mar Muerto y el horizonte morado de las cimas de los montes de Moab. Ni un soplo de viento murmura en las almenas ó entre las ramas secas de los olivos; ni una ave canta, ni un grillo chilla en el surco sin yerba:

un silencio completo, eterno; en la ciudad, en los caminos, en el campo.

Tal nos pareció Jerusalem durante todos los dias que pasamos bajo sus murallas: nunca oí mas rumores que el relincho de mis caballos que se impacientaban al sol, al rededor de nuestro campamento, y golpeaban el suelo con el casco, y de hora en hora el canto melancólico del muzlin gritando la hora desde lo alto de los minaretes, ó los acompañados lamentos de los plañideros turcos acompañando en largas filas a los apestados a los diferentes cementerios que rodean las murallas. Jerusalem, a donde se va a visitar un sepulcro, es positivamente el sepulcro de un pueblo; pero sepulcro sin cipreses, sin inscripciones, sin monumentos, cuya losa han quebrantado los hombres, y cuyas cenizas parece que cubren la tierra que le rodea, de luto, silencio y esterilidad. Muchas veces tendimos sobre ella nuestras miradas, al dejarla, desde lo alto de cada colina, de donde podíamos distinguirla todavía, y al fin vimos, por última vez, la corona de olivos que domina la montaña de este nombre y que por largo tiempo sobrenada en el horizonte despues que se ha perdido de vista la ciudad; luego se la ve irse desvaneciendo tambien en el cielo, y desaparecer como aquellas coronas de pálidas flores que se echan sobre un sepulcro.

Sin embargo, debíamos volver á Jerusalem; pero ¡ah! no con los mismos sentimientos; no ya para

llorar sobre las miserias de los demas, sino para llorar nuestras propias miserias, y hacer beber nuestras propias lágrimas a aquella tierra que tantas ha bebido y tantas ha enjugado.

Ayer planté mi tienda en un campo pedregoso, donde crecian algunos troncos de olivos nudosos y achaparrados, bajo los muros de Jerusalem, a algunos centenares de pasos de la torre de David, un poco encima de la fuente de Siloé que todavía corre sobre las desgastadas losas de su gruta, no léjos de la tumba del profeta-rey que tantas veces la cantó. Los altos y negros terrados que sustentaban en otro tiempo el templo de Salomon, se elevaban a mi izquierda, coronados por las tres azules cúpulas y por las ligeras y aéreas columnillas de la mezquita de Omar, que hoy señorea las ruinas de la casa de Jehová.

La ciudad de Jerusalem, asolada por la peste, estaba toda inundada en los rayos de un sol deslumbrador repercutados sobre sus mil cimborios, sobre sus blancos mármoles, sobre sus torres de piedra dorada, sobre sus murallas pulimentadas por los siglos y por los vientos salinos del lago Asfaltito; ningun rumor se alzaba de su recinto mudo y muerto como el lecho de un agonizante; sus anchas puertas estaban abiertas y de cuando en cuando se veía el turbante blanco y el albornoz rojo del soldado árabe, guarda inútil de aquellas puertas abandonadas; nadie entraba, nadie salía

por ellas; el aura de la mañana levantaba sola el ondeante polvo de los caminos, y presentaba por un momento la imágen ilusoria de una caravana; pero cuando la bocanada de viento habia pasado é ido a morir silbando en las almenas de la torre de los Pisanos ó en las tres palmeras de Caifás, el polvo volvía a caer, el desierto aparecía de nuevo, y no resonaban las pisadas de ningun camello, de ningun mulo en las piedras del camino;—solamente de cuarto en cuarto de hora, las dos ferradas hojas de todas las puertas de Jerusalem se abrian, y veíamos pasar los muertos que la peste acababa de sacrificar, y que dos esclavos desnudos llevaban en unas andas a las sepulturas esparcidas en derredor nuestro. A veces una larga hilera de turcos, de árabes, de armenios y de judíos acompañaba al muerto, y desfilaba cantando entre los troncos de los olivos; luego volvía lenta y silenciosamente a la ciudad: mas generalmente los muertos iban sin séquito; y cuando los dos esclavos habian cavado a algunos palmos de profundidad la arena ó la tierra de la colina, y tendido al apestado en su último lecho, se sentaban sobre el mismo túmulo que acababan de elevar, repartían entre sí los vestidos del difunto, y encendiendo sus largas pipas fumaban en silencio y miraban el humo de sus pipas subir en ligera columna azul, y perderse graciosamente en el aire límpido, vivo y trasparente de aquellos dias de otoño. A mis piés, el valle de

Josafat, se estendía como un vasto sepulcro, el Cedron desecado le surcaba con una grieta blanquecina, toda sembrada de gruesos guijarros, y las laderas de las dos colinas que le ciñen estaban todas blanqueadas con tumbas y turbantes labrados, monumento vulgar de los Osmanlis:—un poco á la derecha, la colina de los Olivos se rebajaba y dejaba, entre las cordilleras esparcidas de los conos volcánicos de las peladas montañas de Jericó y de San Sabá, estenderse y prolongarse el horizonte, como una luminosa calle entre las copas de desiguales cipreses; la vista se dirigía allí espontáneamente atraída por el cerúleo y aplomado brillo del mar Muerto, que relucía al pié de las gradas de aquellas montañas, y detras la cordillera azul de las montañas de la Arabia-Petrea limitaba el horizonte;—pero limitar no es la voz propia, porque aquellas montañas parecían transparentes como cristal, y se veía ó se creía ver al trasluz un horizonte vago é indefinido, estenderse aún y nadar en los ambientes vapores de un aire teñido de púrpra y de albayalde.

¶ Era la hora de medio dia, la hora en que el muzlin espía al sol en la mas alta galería del minarete, y canta la hora y la oracion de todas las horas: voz viva, animada, que sabe lo que dice y lo que canta, muy superior en mi concepto, á la voz sin conciencia de la campana de nuestras catedra-

les. Mis árabes habian dado la cebada en el morral de pelo de cabra á mis caballos, atados aquí y allí al rededor de mi tienda, sujetas las piernas con argollas de hierro; estos hermosos y mansos brutos estaban inmóviles, la cabeza inclinada y sombreada por su larga crin ondeante; su pelo gris, reluciente y humeante bajo los rayos de un sol de plomo. Los hombres se habian reunido á la sombra del mas ancho olivo; habian tendido en el suelo sus esteras de Damasco y estaban fumando, contándose las historias del desierto ó cantando versos de Antar.

Antar, el tipo del árabe errante, juntamente pastor, guerrero y poeta, que ha pintado el desierto todo entero en sus poesías nacionales, épico como Homero, triste como Job, amoroso como Teócrito, filósofo como Salomon; sus versos, que adormecen ó cesaltan la imaginacion del árabe, tanto como el humo del *tombac* en el narguilé, resonaban en sonidos guturales en el animado grupo de mis saís; y cuando el poeta heria la cuerda sensible del corazón de aquellos hombres salvages, pero delicadamente organizados, se oia un ligero murmullo de sus labios; juntaban sus manos, las alzaban encima de sus sienes, é inclinando la cabeza; esclamaban: ¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!

Mas adelante, el recuerdo de aquellas horas pasadas de aquella suerte escuchando unos ver-

sos que no podia comprender, me hizo buscar con empeño algunos fragmentos de poesías árabes populares, y sobre todo, del poema heróico de Antar. Logré proporcionarme cierto número de ellas, y me las hacia traducir por mi dragoman durante las noches de invierno que pasé en el Líbano. Ya empezaba yo á entender un poco el árabe, pero no bastante para leerlo; mi intérprete traducia los trozos del poema al italiano vulgar, y yo los traducia luego palabra por palabra al frances. Conservo estos ensayos poéticos desconocidos en Europa, y los insertaré al fin de esta obra; en ellos se verá que la poesía es de todos los sitios, de todos los tiempos y de todas las civilizaciones.

El poema de Antar es, como acabo de decir, la poesía nacional del árabe errante: —el libro santo de su imaginacion. ¡Cuántas otras veces he visto grupos de mis árabes, acurrucados por la noche al rededor de la hoguera de mi vivac, tender el cuello, prestar el oido, dirigir sus miradas de fuego hácia uno de sus compañeros que les recitaba algunos pasos de aquellas admirables poesías, miéntras que la nube de humo que se alzaba de sus pipas, formaba sobre sus cabezas la atmósfera fantástica de los sueños, y nuestros caballos, la cabeza inclinada sobre ellos, parecian atentos ellos tambien á la voz monótona de sus amos. Sentábame no léjos del corro y escuchaba tambien, aunque no comprendia el sentido, —pero compren-